Entrevista al investigador Alfredo Prieto

A treinta años de un diálogo necesario

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Después de casi dos décadas de desconexión y aislamiento mutuo, los días 20 y 21 de noviembre y 8 de diciembre de 1978 se llevó a cabo en La Habana un encuentro inédito entre "personas representativas de la comunidad cubana en el exterior", como fueron calificadas, y los más altos dirigentes del Gobierno cubano. Para tomar parte en aquel diálogo, se trasladaron a su tierra natal, procedentes casi todos de los Estados Unidos, 75 compatriotas. Días después, con la llegada de un segundo grupo, esa cantidad de participantes casi se duplicó.

La agenda de aquel encuentro se basó en tres puntos esenciales: la situación de los presos que cumplían sanción por delitos contra la seguridad del Estado, la reunificación familiar y las visitas a Cuba de los miembros de la comunidad en el exterior. Las conversaciones se efectuaron "en una gran atmósfera de libertad, seriedad y respeto mutuo", según se declaró oficialmente entonces. Sin lugar a dudas, esta reunión tuvo para nuestro país una honda significación política.

Treinta años después de este hecho, tiempo suficiente para evaluarlo, y con la intención de comenzar un diálogo sobre el asunto, le hemos solicitado sus puntos de vista al ensayista y editor Alfredo Prieto. Sus conocimientos acerca de los cubanos en los Estados Unidos, así como de las complejas relaciones -culturales y de otro tipo- que desde 1959 han prevalecido entre esa superpotencia y nuestro país, están avalados por su labor como Jefe de Redacción de la revista *Cuadernos de Nuestra América* e investigador del Centro de Estudios de América (CEA), por sus libros *La prensa de los Estados Unidos y la agenda interamericana* (1995) y *El otro en el espejo* (2004), así como por sus clases, conferencias y estancias de investigación en distintas universidades estadounidenses -entre ellas Harvard, Johns Hopkins, Tulane y Hampshire College. Al margen de sus obligaciones en la revista *Temas*, y también como subdirector de Ediciones UNIÓN, nuestro entrevistado continúa enfrascado en esos estudios y reflexiones en su tiempo disponible, que, como nos dice, "es siempre menos del que quisiera, porque investigar es mi verdadera vocación".

- ¿Qué factores políticos posibilitaron la realización de aquel diálogo?

- Debo empezar por decirte que durante la administración Carter –o, al menos durante parte de esta- se fue produciendo un cierto acercamiento entre los gobiernos de Cuba y de los Estados Unidos en la perspectiva de negociar el diferendo bilateral. Es, por darte sólo un dato conocido, el momento cuando se decide crear las Secciones de Intereses en La Habana y Washington DC a fin de mantener canales de comunicación entre ambos gobiernos y poder resolver asuntos de interés mutuo. Los primeros jefes de las Secciones fueron Ramón Sánchez Parodi y Wayne Smith, ambos diplomáticos de carrera, muy profesionales y muy conocedores de las culturas opuestas. Del lado norteamericano, una de las percepciones prevalecientes, sobre todo en el discurso político y en la prensa liberales, subrayaba que después de los sucesos de Bolivia, con la muerte del Che, Cuba ya no estaba más en condiciones de "exportar la revolución", una manera de aludir a los nexos históricos de cooperación con los movimientos de liberación nacional en América Latina desde los años 60, cuando el país fue suspendido de la OEA y quedó sin relaciones diplomáticas continentales, con la excepción de México. Ese proceso terminó con los sucesos de Angola. Cuba entendió que la normalización de relaciones con los Estados Unidos no se debía priorizar respecto a las relaciones con el MPLA y la independencia angolana, por un problema de principios de su política exterior. Pero lo cierto es que un acercamiento de ese tipo no ha vuelto a ocurrir. Lo que sobrevino después, el reaganismo, constituyó un momento muy peligroso con sus declaraciones de "ir a la fuente", es decir, de invadir a Cuba para "resolver" el problema que para ellos representaba la Revolución Popular Sandinista y en general el conflicto centroamericano, vistos como una expresión de "flojera" de la administración Carter y resultado de la llamada "expansión cubano-soviética". Clinton introdujo un componente en el fondo nada novedoso, la llamada "política de pueblo a pueblo", que no tuvo el propósito de mejorar nada, sino de minar al otro desde dentro, en lo que muchos académicos denominaron "la subversión amistosa", como lo discuto en *El otro en el espejo*. Al final del día, mi conclusión es esta: los Estados Unidos no pueden seguir poniendo precondiciones inaceptables para el otro. Ese es, quizás, el problema más serio en esta historia que ya va para medio siglo. Nunca he visto nada similar en la posición cubana al respecto. Lo único que esta pide es que no haya precondiciones y la igualdad como actores soberanos.

Claro, también por aquella época comienza a emerger la noción de que aquel exilio no iba a ser tan corto como se esperaba, pues al cabo de casi veinte años la Revolución estaba ahí, en pleno proceso de institucionalización, integrándose con el CAME y

a pesar de todos los numerosísimos intentos por lograr lo contrario, como está documentado. A mí no me lo creas, pero en Miami me contaron una vez que hubo personas que salieron por avión con boletos PANAM de ida y vuelta; otras se llevaron cantidades considerables de dinero, pero no creyeron necesario invertirlo y, por consiguiente, acabaron en la ruina. Guillermo Álvarez Guedes, ese cronista del exilio cuyos chistes habrá que estudiar algún día muy en serio, más allá del escritor Gustavo Pérez Firmat, tiene uno al respecto que desde luego no te voy a hacer aquí, pero que, en todo caso, resulta ilustrativo de esa mentalidad.

El hecho es que aquella atmósfera impactó sobre muchos cubanos de allá, y ocurrieron dos cosas que, de alguna manera, marcaron un cambio. En primer lugar, hubo un grupo de ejecutivos y hombres de negocio que, por razones propias, decidió sentarse a la mesa con el Gobierno cubano. A estas personas se les conoce como el Grupo de los 75, gente en general más moderada que el exilio clásico, gente por ejemplo como el banquero Bernardo Benes. Estos son los que vienen al "diálogo con personas representativas de la comunidad cubana", como en efecto se les llamó aquí, en el año 1978.

En segundo lugar, debo recordarte que en la otra orilla se empieza a producir una cierta diversificación del espectro político de los cubanos. Como sabes, durante los años 60-70 en los Estados Unidos está emergiendo una cultura alternativa -o una contracultura, si lo prefieres- que incide de varias maneras sobre un conjunto de jóvenes cubanos que por ese entonces estaban estudiando en las universidades.

Te hablo del movimiento de los derechos civiles, la guerra de Viet Nam, las protestas en los campus universitarios, los panteras negras, Woodstock y la aparición de eso que se llamó, un poco difusamente, "el movimiento". Todo ello condujo a la emergencia de una izquierda intelectual -desde luego minoritaria, te lo subrayo desde ahora- nucleada en torno a la revista *Areíto* y la Brigada Antonio Maceo. Este grupo, al que pertenecen Lourdes Casal, Marifeli Pérez-Stable, Nelson P. Valdés, Román de la Campa, y otros, se plantea una relación diferente con Cuba y la Revolución, una especie de movida de péndulo respecto a la postura de sus padres. Estos también vienen para ese encuentro y son los que filma Jesús Díaz en el documental *55 hermanos*.

Resultó un fenómeno más bien efímero, pero la importancia que le veo, desde aquí y ahora, es que marcó por primera vez una fisura pública en el monolitismo de los cubanos, todos de línea dura, musculosa, vociferante. Hoy la nueva migración, más otros fenómenos sociológicos paralelos, han marcado una cierta diversidad en el mapa ideopolítico de Miami --nuestra segunda ciudad, como dicen algunos bromistas.

- ¿Cuáles fueron los resultados inmediatos de aquel encuentro que redundaron en beneficio de toda la sociedad cubana?

- Te voy a dar una respuesta corta. A mi juicio, el principal fue el reencuentro, y por supuesto la reunificación familiar. Como conoces, quien se iba de Cuba antes del diálogo no podía regresar al país ni de visita. Esto fue una consecuencia, entre otras cosas, de los fuertes procesos de confrontación ocurridos en los años 60, que generaron políticas de exclusión, tanto en lo interno como en lo externo.

Aquel encuentro marcó, a mi juicio, el inicio de un nuevo tipo de relación del Estado con los cubanos que viven fuera y, sobre todo, en los Estados Unidos, no exenta, como todo en la vida, de ciertas contradicciones mutuas y de ciertos intereses en colisión. Pero, al cabo, sentó un precedente para los encuentros entre nación y migración que se celebraron más tarde en los años 90, en los que las autoridades de la Isla evidenciaron su voluntad de dialogar, en un contexto muy distinto y hasta adverso.

Ahora, si la miro bien, tu pregunta se me vuelve un poco totalizadora. No estoy muy seguro de que haya sido "en beneficio de toda la sociedad cubana". Hubo gentes para quienes ese proceso no significó mucho, y con esto aludo a los afrodescendientes, como se les dice ahora, cuya inmensa mayoría no emigró en los años 60 por haber sido beneficiarios directos de las políticas sociales revolucionarias y estar en pleno proceso de movilidad social ascendente. Esto que te voy a decir es un lugar común: primero se fueron quienes pertenecían a la estructura de poder del antiguo régimen y a sus aparatos represivos; luego, en sucesivas oleadas, se marchó la clase media: blancos, profesionales, descendientes de españoles y abrumadoramente católicos.

- De acuerdo con el criterio de algunos comentaristas políticos, las visitas de la comunidad cubana iniciadas en 1979 provocaron en la población de la Isla un resquebrajamiento ideológico que se manifestó de modo masivo al año siguiente con el llamado éxodo del Mariel. ¿Comparte ese criterio?

- Yo casi nunca creo lo que me dicen en la prensa, una deformación profesional que arrastro desde la época en que estudiaba el rol de los medios de difusión norteamericanos en las políticas hacia América Latina. Asumir esa idea, implicaría coger las visitas como cabeza de turco. Mira, creo que los sucesos del Mariel no se pueden explicar en modo alguno únicamente a partir de factores de ese tipo, porque corresponden, en última instancia, a contradicciones internas generadas por la sociedad cubana y a factores más complejos.

Si ojeas algunas estadísticas, o lees varios estudios académicos disponibles tanto en Cuba como en los Estados Unidos, lo primero que salta a la vista es la composición socioeconómica de los nuevos emigrantes: se trata, fundamentalmente, de trabajadores de la producción o los servicios, desempleados, y de personas, en general, de baja extracción social y eventualmente con antecedentes delictivos, la mayoría hombres jóvenes; el Mariel fue como una especie de detonante que sacó a flote el hecho de que en Cuba estaban operando fenómenos de marginalidad y toda una subcultura a ello asociada. Hoy la marginalidad en general se acepta como algo bastante normal, incluso hasta está de moda; pero entonces, no. Como recuerdas, Carter había declarado que recibiría a esos "disidentes" --cosa que obviamente no eran-- "con el corazón y los brazos abiertos", pero al final es sintomático que el discurso público norteamericano terminara catalogando a

los “marielitos” como mismo lo había hecho el cubano: les dijeron scum, la palabra inglesa para “escoria”. Creo que es, irónicamente, una de las escasas veces en que ambas partes han terminado coincidiendo.

Ahora bien, no hay que negar, porque sería pueril, que en esa migración irracional y desenfrenada se montaron personas que no procedían de esos estratos, ni tenían esa condición. Fueron alrededor de 125 000, no sé si te acuerdas de este dato. Como sabemos quienes vivimos esos sucesos, hubo gente que se declaró homosexual, o religiosa, o inventó otra historia para poder salir, porque el factor que está accionando detrás de todo esto es la política migratoria de los Estados Unidos, empleada históricamente como un aguijón para provocar problemas dentro de Cuba. Y aquí estamos tocando fondo. Si viste el documental *Balseros*, te darás cuenta de lo que te digo, sobre todo si recuerdas el caso de aquel hombre que tenía a su mujer e hija viviendo allá, va a la Sección de Intereses, le niegan la entrada al país, y él pregunta ante las cámaras: “¿qué quieren, que me tire de balsero?” --cosa que al final hizo para terminar trabajando, feliz y contento, en un almacén de Miami después de pasar un tiempo en la base naval de Guantánamo. Es cierto que el filme refiere hechos posteriores --la crisis de 1994--, pero el problema es, básicamente, el mismo; es decir, restringir el otorgamiento de visas para que esto funcione como una presión que haga reventar la olla en lo interno. Es evidente que la política migratoria funciona aquí como un instrumento de la política-política, no hace falta ser un politólogo para darse cuenta.

Pero tampoco hay que obviar que las imágenes sobre el “exilio dorado” de los cubanos hayan jugado un papel en el imaginario social de esa emigración, porque siempre ha sido así.

Te hablo del impacto que tienen aquí las imágenes de gentes que se hacían retratar allá, prácticamente acabadas de salir, al lado de un automóvil último modelo que la mayor parte de las veces no era ni suyo, y luego las mandaban para Cuba a vuelta de correos, o que venían cargadas de regalos, cadenas de oro y dinero para comprar artículos deficitarios habiendo pedido préstamos y endeudadas hasta el tuétano. Eso tuvo cierta incidencia, de hecho ha estado siempre ahí, pero te repito, no es a mi juicio la cuestión principal. La migración es un fenómeno social muy complejo cuyas determinaciones no pueden resumirse en una sola cosa, porque esto sería simplista. Lo que ocurre, para volver al inicio de tu pregunta, es que el discurso de los medios –como sabes bastante simplista en sí mismo-- quiere socializar con esa idea conclusiones de otro tipo.

Sería como si me dijeras un día que te divorciaste de tu mujer sólo porque te diste cuenta de que un amigo le había regalado cierta cantidad de pacotilla. En esa relación seguramente había problemas más profundos y esenciales.

-¿Qué repercusión tuvo aquel diálogo en el seno de la comunidad cubana en los Estados Unidos?

- Te lo voy a decir como Ibrahím Ferrer: al cuarto de Tula le cogió candela --por lo menos allá en Miami. Apareció entonces una nueva expresión peyorativa en el argot del exilio histórico: “dialogueros”, que se aplicaba sin mayores distinciones tanto a tirios como a troyanos, tanto a los moderados como a los radicales. (También emplearían otra para los homosexuales del Mariel: las “marielenas”, lo que te indica que reproducen y hasta profundizan el machismo y la homofobia que se llevaron de Cuba). Y lo grave es que eso no se quedó en la retórica, sino pasó a acciones de otro tipo. Ya sabes de lo que te hablo. La extrema derecha obturó mecanismos de intimidación que iban desde las llamadas “radios de micrófono abierto” hasta amenazas de atentados y bombas. María Cristina Herrera, a quien seguramente muchos de los lectores conocen por su participación en el movimiento católico y quien estaba por entonces al frente del Instituto de Estudios Cubanos, sufrió las consecuencias; también Max Lesnick, director de *Réplica*. El joven Carlos Muñiz fue asesinado impunemente en Puerto Rico. A Bernardo Benes le pusieron una bomba en sus oficinas de Continental National Bank, en la Pequeña Habana; lo mismo ocurrió con Marazul Charters, la empresa de Francisco Aruca, en la que hicieron estallar dos artefactos en el año 89. Y así sucesivamente. Emplearon los conocimientos adquiridos de sus maestros en un aprendizaje del que se habían graduado *summa cum laude*. Un expediente de todos esos actos abominables sería más grueso que la guía telefónica de Nueva York.

Creo que nadie con una dosis de sentido común y de decencia se resistiría a calificar esos actos como terroristas; los cubanos de allá tienen mala prensa --por decirle de algún modo-- entre los norteamericanos, aunque no sea enteramente justo, porque obviamente no todos son así. Lo cierto es que la imagen que se tiene de ellos después que termina el condado de Broward, los relaciona fuertemente con casi todo lo sórdido que ha ocurrido en la política norteamericana: el magnicidio de Dallas, los plomeros de Watergate, el asesinato de Orlando Letelier en Washington DC, el Irán-contras, Oliver North, y esos muertos votando en elecciones locales a lo San Nicolás del Peladero, dime tú. Luego su comportamiento ante el caso de Elián Gonzá-

...los contactos familiares y de otro tipo son mucho más fuertes que las regulaciones. Una de las cosas que más me impresiona en esta historia, es la existencia de redes informales y de medios alternativos que mantienen las comunicaciones y en general el flujo cultural mutuo...

lez le puso la tapa al pomo cuando empezaron a quemar banderas norteamericanas, a catalogar a Bill Clinton y Janet Reno de "comunistas", a poner en las cafeterías fotos de esta alta funcionaria como un orangután con un enorme pene colgante, y a hacer otras barbaridades que nada tienen que ver con los códigos de la cultura norteamericana, donde se supone que la tolerancia y la diversidad sean cotidianas y los conflictos se diriman de otra manera. Te puedo mencionar, si cabe, una experiencia que me tocó vivir del otro lado: cuando lo de Elián, vi una manifestación de norteamericanos (no sólo de afroamericanos, como se dijo) que tiraban platanitos maduros a la entrada del City Hall, una manera clara, y hasta figurativa, de considerar a esa ciudad una "República bananera", es decir, algo que está fuera de los límites de los Estados Unidos. Casi todos lo anglos con los que me he relacionado lo ven así, y te lo demuestran a menudo con una sonrisita medio sardónica o empinando las cejas hacia arriba cuando mencionas la palabra "Miami". Eso por un lado.

Por otro, creo que sentó un precedente para que eso que suele llamarse "la mayoría silenciosa" empezara a tener visibilidad. La idea de regresar de visita a su país es algo muy normal en quien se va para otro, ocurre con los mexicanos, los salvadoreños, los nicaragüenses y los dominicanos que viven en los Estados Unidos; pero en el caso de Cuba eso no era posible, ni siquiera viviendo en España o Venezuela. Yo creo que la movida de las autoridades cubanas en el sentido de permitir las visitas fue no sólo un acto de justicia, sino también de inteligencia y pragmatismo. Vinieron de los Estados Unidos miles y miles de cubanos a la Isla por razones familiares, a contrapelo del discurso de no regresar sino a una imaginada "Cuba libre" desde la nostalgia. A partir de ahí se fue abriendo una especie de canal que, si lo miras de entonces a acá, no ha hecho sino ampliarse. Naturalmente, aquí entran en juego otras variables, como el tipo de migración que está llegando allá después de los acuerdos migratorios del 94, y las restricciones impuestas por la administración de George W. Bush a partir del 2004, que, como se sabe, restringe los viajes a categorías que ignoran olímpicamente el concepto de familia vigente en la cultura cubana y los limita a una vez cada tres años, entre otras cosas que hicieron ese verano. Bueno, pues el hecho es que esa migración fresca entra en colisión con los históricos. Si vas a la última encuesta de Florida International University (FIU), te darás cuenta de lo que te digo. Los cubanos de ahora llegan y lo primero que hacen es mandar dinero y tratar de regresar a Cuba, dos cosas imperdonables para el exilio tradicional; para este, mandar plata es una manera de "sostener a Castro". Tengo todo un anecdotario al respecto, pero me lo reservo porque si te lo hago esta entrevista sería muy larga.

- Al cabo de treinta años de aquel encuentro, ¿cómo evalúa el estado actual de las relaciones entre los cubanos de aquí y los de allá?

- Yo te preguntaría primero a qué tipo de cubanos te refieres. Desde el ángulo del Gobierno, si es con la militancia antisistémica, por emplear un eufemismo, son hoy obviamente nulas. Tú no te puedes sentar a la mesa con gentes que tienen cosas muy fuertes en su haber, y que andan libres por Miami habiendo recibido el perdón presidencial a pesar de sus comprobados actos terroristas, por ejemplo. O que no han sido juzgados por la ley como se debe por participar en la voladura de un avión civil donde asesinaron a más de setenta personas. O que están todo el tiempo cabildeando en Washington DC para sacarte del juego, y hasta poniendo presión para lograr cosas muy graves. ¿A ver, tú le pedirías al Gobierno norteamericano sentarse a la mesa con Bin Laden y Al Qaeda? Con estos, no hay relación posible, y es obvio que ellos tampoco se sentarían a conversar, seguramente alegando cualquier cantidad de razones. Pero si es con los cubanos que no se han involucrado en acciones prácticas contra la Revolución, al margen de lo que puedan pensar sobre esta, yo me atrevería a responderte que las relaciones del Gobierno con estas personas son normales, y hasta entusiastas.

A nivel de la sociedad civil, que es por donde creo viene tu pregunta, en estos momentos el obstáculo son las regulaciones de Bush. De ese "pueblo-a-pueblo" los funcionarios norteamericanos han dejado, más o menos, los viajes familiares de aquí hacia allá limitándolos a personas de la tercera edad que, sin embargo, tampoco tienen la visa garantizada al ciento por ciento. El flujo de visitas ha disminuido de allá hacia aquí, en Miami ha habido agencias de viajes golpeadas por esas medidas draconianas, porque ese es el punto en que la política va contra los negocios, es lo clásico. Ahora mismo acabo de hablar con unos norteamericanos que llegaron por esa vía, y me comentaban que el vuelo venía con muy pocas personas, aunque hay muchos cubanos que siguen viniendo por terceros países.

Sin embargo, los contactos familiares y de otro tipo son mucho más fuertes que las regulaciones. Esa es una de las cosas que más me impresiona en esta historia, es decir, la existencia de redes informales y de medios alternativos que mantienen las comunicaciones y en general el flujo cultural mutuo de una manera muy estable --y no te hablo solamente del correo electrónico o de Internet, por limitado que pueda ser su acceso entre los cubanos de la Isla. Eso era impensable en los años 60, en los 70 y hasta en los 80. Yo les llamo "relaciones subterráneas". No tienes más que mirar a tu alrededor para darte cuenta. Si vas a una Peña Deportiva, los fanáticos del béisbol conocen exactamente en qué equipo está jugando ahora el Duke Hernández, y en Miami los fanáticos de Industriales lo saben todo acerca de los azules en la actual Serie Nacional. Igual, cuando el presentador Carlos Otero y la actriz Susana Pérez decidieron radicarse en Miami, esos programas circularon por la vía informal, provenientes sobre todo de nuevas tecnologías que han entrado a Cuba de manera ilegal, porque las regulaciones aduaneras vigentes prohíben su ingreso al país. Es un fenómeno mayormente urbano, pero tiene su onda expansiva.

Si te viras para la música, el problema es similar. A mí los de allá me han pedido llevar el último CD de Los Van Van, y los de aquí traer a mi regreso el último de Willy Chirino o Gloria Estefan. Creo que esto marca un territorio donde se dejan al lado las diferencias, porque me consta que quienes me lo han pedido de este la-

do no concuerdan para nada con los textos donde Chirino se pone ideológico, y a pesar de eso, disfrutan su música y la ponen en las fiestas para bailar, una expresión, creo yo, de madurez. Y lo mismo del otro lado: me lo pedían personas que saben que Juan Formel es revolucionario, y también a pesar de eso, disfrutan de su música, al margen del *show* que armaron los extremistas cuando Los Van Van se presentaron en Miami. Esa comunidad de gustos ocurre porque estamos hablando de una misma cultura. La derecha cubana de Miami tiene las mismas preferencias culinarias que los revolucionarios de la Isla: frijoles negros, arroz, puerco asado, ensalada y tostones, las diferencias son, obviamente, otras.

Pero para hablarte de este lado, que es desde luego el que mejor conozco, lo más importante que percibo es un cambio de mentalidad. En la cultura cubana hay como un movimiento de puentes, visible digamos en obras como *Delirio habanero*, del fallecido dramaturgo Alberto Pedro, cuyos personajes centrales son Benny Moré y Celia Cruz, iconos de la cultura popular fundidos en una misma escena más allá de las diferencias que puedan separar a ambas demarcaciones. Hay una canción del trovador Frank Delgado que se llama *La otra orilla*, donde se llega a mezclar a Celia Cruz con Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, ambos expresiones de la nueva canción política surgida después de 1959. Y te señalo que Frank lo hace a partir de un posicionamiento similar al de muchos nacionales: no irse sino quedarse, como él dice, "a cuenta y riesgo". Y marcándole diferencias irónicas al "ya viene llegando" de Willy Chirino. *La Gaceta de Cuba* sacó un obituario cuando murió Celia Cruz, como lo hace con otros muchos cubanos ilustres que fallecen, dondequiera que estén, porque su condición de tales y su obra están fuera de toda duda. Esto a pesar de lo que ella pudo haber declarado o dicho, esa no es mi discusión en este momento. Como ves, tampoco hay que ser un sociólogo para darse cuenta de que no son hechos aislados, sino partes de un fenómeno más amplio y abarcador. El arte y los artistas funcionan siempre como los termómetros. No hay que olvidarlo.

Yo creo que la movida de las autoridades cubanas en el sentido de permitir las visitas fue no solo un acto de justicia, sino también de inteligencia y pragmatismo.